



Izayana Martínez, al centro, en el mercado de Puebla.

Abanico cultural de un intercambio académico

Del vigorón a las chamoyadas



Izayana Martínez.

Estudiante de
Comunicación Social

Desde el momento en que uno sale de su casa se vuelve un migrante. Un extraño lanzado al mundo, a las calles, a la gente que tiene otros valores, otras costumbres, otras cualidades. Cuando me dijeron que mi intercambio académico se aprobó no lo sentí como tal, cuando compré el boleto tampoco, cuando me dieron la visa sólo sentí tranquilidad. Pero hasta que estaba dentro del avión comprendí que de verdad me estaba yendo, sentir la presión del arranque del avión mientras miraba cómo el aeropuerto se hacía más pequeño, finalmente me dijo que era real y que estaba dejando el país.

De Managua a México DF

Cuando llegué al aeropuerto Benito Juárez del Distrito Federal, el enorme edificio blanco con largos pasillos y comedierías, y subí al gran bus rojo, blanco y azul de la línea “Estrella Roja” comprendí que no vería a Nicaragua en buen tiempo.

Cuando uno está en un país ajeno al suyo entran ciertos conflictos que hacen que el choque de culturas se vuelva un tanto insoportable. De todos los países americanos que estaban dentro del intercambio académico elegí México por la proximidad de culturas, por su riqueza turística, por su afecto a las tradiciones. Traté de elegir algo parecido a lo mío pero a pesar de hablar en español, de ser

religioso y de ser morenos como en mi país. No era lo mismo.

En Puebla

Puebla me llamó la atención desde el inicio porque era muy calmo y me recordaba a Nicaragua, a pesar que estuviera muchísimo más desarrollado me encantaba el contraste de las estructuras coloniales de piedra oscura junto a un bar o que el mismo bar fuera una estructura antigua, me recordaba a Granada, la ciudad donde todos los días se vende vigorón en su centro y está junto al lago Cocibolca. Me encantaba que en quince minutos podía agarrar un bus, que no era como los amarillos de mi país que los remachan una y otra vez hasta que funcionen, y llegaba al centro de Puebla, donde era otro mundo de donde yo residía. Podías ver que en la plaza donde están los portales había movimiento de todo tipo, incansable, colorido. Encontrabas una mujer zapoteca con su larga falda tejida y su camisa de manta bordada, comprando la ración de la semana. Al lado

podías ver un señor mayor vendiendo “chamoyadas” la extraña combinación de las “nieves” de frutas con chile chamoy y enfrente estaba los jóvenes con su licencia de lustrador de zapatos. Todo se me era ordenado, extremadamente limpio, único.

Sin chile no hay vida

México es característico por el chile: chile cabro, chile tajín, chile habanero, chile valentina. Comer cosas típicas con este ingrediente era un sacrificio, pero era parte de alienarse con la cultura. De correlacionarse con ella, de tratar de entenderla. Uno trata de luchar para preservar su cultura mientras la otra entra poco a poco en tu vida diaria, en tu forma de pensar, en tu forma de comer, en tu forma de ver las cosas. Nunca había comido chile en cosas comunes como en el helado o el elote y traté de comprender el porqué de tantos gustos y ahí entró mi asombro y el desconcierto que resulta muchas veces para ambas culturas. Ellos se asombraban de mi simplicidad como persona, mi for-

ma de comer, de beber, de expresarme, de estudiar, de mi frialdad y la falta de expresar sentimientos al público. Como todo nicaragüense mostrar sentimientos es signo de debilidad.

Abiertos y comprensivos

Yo me asustaba de cuan cálidos eran, en todas partes me recibían demasiado bien, con los brazos abiertos, me ofrecían de comer, adónde salir, adónde conocer, era un sentimiento muy acogedor. Muy extraño. Es típico del mexicano ser muy abierto y presentarte hasta tu tío abuelo. Cuando las clases empezaron pude comprender que en la universidad donde tenía clases, los profesores se preocupaban que sus clases enseñaran, que vos te sintieras cómoda en ella y sin importar de que yo no vistiera con botas a la moda o no llegara en carro propio y que fuera completamente de otro país y no entendiera sus términos como qué era un “huapango” hacían lo posible porque estuviera cómoda al explicarme.





Aprendiendo a sobrevivir

Estando en México no había muchas cosas que me representaran, no había frijoles rojos, todo estaba precocado, todo llevaba chile. Tuve que comenzar a improvisar mi modo de vida, de comer. Aquí fue como entró el efecto de la transculturación en mi persona. Adopté ciertas formas de pensar, no siendo tan impulsiva como toda nica mucho menos tan escandalosa, extremadamente respetuosa. Sentía que no era ciento por ciento nica y tenía muy claro que nunca sería mexicana. Me sentía lejos de todo pero aprendí a sobrevivir. Tengo que admitir que estar en un país extranjero te trae muchos beneficios. Conocés más de la cultura, conocés gente, aprendés más y madura tu carácter. Es algo fastidioso admitir que hasta que uno va fuera de su casa valorás las cosas de tu país, de tu persona,

de cómo podés mejorar para bien propio y para tu futuro. Crecés.

La virtud de ser migrante

Ser una migrante de mi país me hizo ver estas cosas y muchas más. Amo a mi país, por su ecoturismo, por su aire, por su comida, por su gente, por los espacios más recónditos y que son más apreciados. Pero también me gustó México porque es diferente a mi Nicaragua y aún así puedo aprender y conocer más. Tener la experiencia del intercambio académico fue único y especial. La oportunidad es valiosa para tus estudios y para tu persona. Realmente la UCA tiene un servicio que no muchos conocen y que deberían de aprovechar, espero que de ahora en adelante los chicos se aventuren más.

